

con un sacerdote, y así estaría siempre dedicada al servicio del Señor; pero por otra se oponía la ley, la cual prohibía que una heredera única fuese entregada á un hombre de otra tribu que la suya: además quedaban perplejos con la consideración del voto de la Virgen. En medio de esta perplejidad se recurrió á Dios para saber cómo habían de gobernarse, y la respuesta fué que se congregase á todos los individuos de la familia de David hábiles para casarse y residentes entonces en Jerusalem; que aquel sobre quien recayera la suerte por disposición del cielo, fuese el esposo de María; y que Dios proveería tocante á lo demás. Es fácil de imaginar cuáles serían entre tanto las oraciones de la santa doncella y cómo encomendaría al Señor su castidad. Los ángeles no dejaban de visitarla y advertirle que se echara sin temor en los brazos de la divina providencia y que Dios cuidaría de ella; que obedeciese el mandato de los sacerdotes y que todo saldría á medida de su deseo. Llegado el día señalado y reunidos los de la tribu real, cayó la suerte sobre José, natural de Betlehen, de oficio carpintero y conocido de todos por hombre de singular mérito; por lo cual nadie dudó que Dios andaba de por medio en aquel negocio. Así el sacerdote, habiendo obtenido los consentimientos requeridos en tales casos, tomó la mano de la novia y del novio y celebró el matrimonio más santo y admirable que se ha celebrado jamás en la tierra, bendiciendo los asistentes á Dios y adorando su incomprensible sabiduría. Si se trataran así los matrimonios cristianos; si se consultase de veras á Dios y se dirigiese todo con pura intención; ¡cuán de otra manera se llegarían los fieles á celebrar un sacramento, que S. Pablo llama grande delante de Dios y de su iglesia! ¡Qué diferentes efectos surtiría de los que surte en el día! ¡Qué concordia, qué paz y amor, qué gracias y bendiciones del cielo se ha-

llarian en él para llevar las cargas del estado y alcanzar sucesión! Pero como los más de los matrimonios se ajustan con miras sensuales, por intereses terrenos y consideraciones bajas é indignas del nombre cristiano, no es extraño que resulten tantos desórdenes y que Dios sea tan poco glorificado.

Cómo deberían las viudas imitar á la Virgen.

VIII. Aquí faltaba todavía que hacer ver á las viudas la obligación en que están de imitar á la Virgen en su viudez y los medios de conseguirlo; pero bastará leer lo que se refiere en el tratado primero en el paralelo de María santísima y de la casta Judit, que son dos verdaderos espejos y dos dechados perfectos de viudas santas.

§. XIII.—Cómo debe ser imitada de los religiosos de ambos sexos.

Que la virgen María fué religiosa.

I. Parece bastaría decir que á la Virgen no le faltó ningún género de perfección para mostrar que fué un dechado muy acabado de la vida religiosa; no obstante estimo conveniente dilucidar más este razonamiento, para que se descubran mejor los singulares ejemplos que dejó á los religiosos conforme á su estado.

II. En primer lugar no puede negarse sin temeridad que los santos apóstoles, como que habían recibido las primicias del espíritu y habían de ser los maestros de toda la santidad cristiana, fueron llamados á la perfección de los consejos evangélicos y la sellaron y confirmaron con voto. S. Gerónimo escribiendo contra Joviniano, enemigo jurado de toda religión, se vale de las palabras de S. Pedro, quien hablando de sí y de sus compañeros dice: «Nosotros lo hemos dejado todo y te he-

mos seguido.» Muestra que los apóstoles no habian dejado solamente sus bienes (lo cual correspondia á la pobreza), sino tambien sus mujeres con propósito de guardar perpetua castidad, y que ademas habian seguido al Salvador prometiéndole obediencia. S. Agustin lo dice expresamente (1), y el doctor angélico lo confirma (2) por la excelencia del voto que habia de ilustrar todos los hechos de los apóstoles, como que era el consejo mas relevante y distinguido. Siendo esto así, ¿no habrá de confesarse con mas razon que la Virgen, norma é idea de toda perfeccion y maestra de los mismos apóstoles, fué ensalzada á ese estado eminente por un privilegio especial debido al titulo excelente de madre de Dios, el cual comprende en si toda la santidad imaginable?

III. En segundo lugar el ya citado santo Tomás enseña (3) que aunque Jesucristo, propiamente hablando, debia de enarbolar el estandarte de la perfeccion, eso no quitó para que su madre echase los cimientos de ella en si misma, así como no dejó de tener la plenitud de gracia en segundo grado aun antes de haberle concebido, bien que el Señor debia de ser la fuente de quien dijera S. Juan un dia: « Le hemos visto lleno de gracia y de verdad. »

IV. En tercer lugar sabemos por el abad Ruperto (4) y por Dionisio el cartujo (5) que la Virgen instituyó en Jerusalem y gobernó poco despues de la muerte de su hijo una congregacion de hasta ciento y veinte vírgenes, las cuales vivian en la práctica continua de las virtudes propias del estado religioso. Esto no parecerá extraño á

(1) De civit. Dei, l. 17, c. 4. cap. 3, etc.
 (2) Secunda secundæ, q. 88, (3) P. 3, q. 28, art. 4.
 art. 4. Véase Alvar. Pelag., De (4) Lib. 5 in Cant.
 planetu eccles., lib. 2, cap. 56: (5) In 4 sent., dist. 16, q. 2.
 Suar., t. 3 de relig., lib. 3,

quien considere que la iglesia primitiva como un campo recién regado con la preciosa sangre de Jesucristo, según la llama S. Gerónimo (1), fué asombrosamente fértil en esos nuevos frutos de santidad y que por todas partes brotaron las semillas sagradas de la perfeccion evangélica. La Palestina, la Siria y el Egipto se cubrieron al punto de esas plantas celestiales y produjeron personas de ambos sexos, que dejándolo todo convirtieron las ciudades en desiertos y los desiertos en ciudades y las unas y los otros en una imágen del paraíso. Entonces S. Pablo convidaba á todos á dedicarse á Dios y consagrarle su castidad sin temer las persecuciones que semejantes amonestaciones habian de ocasionar á la iglesia en general y á él en particular. Entonces santa Marta, formada por la mano de la Virgen y salida de su escuela, erigia otras academias semejantes en Aviñon y Tarascon. Entonces santa Ifigenia, libertada milagrosamente por S. Mateo del incendio que su mismo padre le habia preparado, y reservada para propagar el reino de la castidad, conducia hasta doscientas vírgenes en pos del cordero. Entonces innumerables personas se alistaban bajo del estandarte blanco de la virginidad, que la madre de Dios habia desplegado.

Pobreza de la Virgen santísima.

V. En cuarto lugar ya que la esencia del estado religioso consiste propiamente en los tres votos de pobreza, castidad y obediencia y en la profesion que se hace de observarlos, no es difícil mostrar que la Virgen abrazó con el estado religioso la perfeccion de esas tres virtudes y de todas las demas que las acompañan y cons-

(1) Epist. 8.

tituyen los consejos evangélicos. Por lo que toca á la pobreza, nuestra señora misma se lo reveló un dia á santa Brígida diciendo que se obligó por voto á no poseer nada en este mundo; que á consecuencia de tal obligacion se despojó generalmente de todos sus bienes, no reservándose mas que lo necesario para mantenerse con mucha frugalidad; y que ella y su esposo S. José de comun acuerdo se descargaron de aquello sin lo qual podian pasar. Por aquí se ve que la pobreza de la reina del cielo no fué forzada, sino una dejacion voluntaria de las cosas superfluas, teniendo presente en esta parte que S. Joaquin y santa Ana (de quien Maria era única heredera) poseian muchos bienes, supuesto que la tercera parte bastaba para mantener á una familia dilatada y distinguida. La Virgen que abrazó voluntariamente la pobreza, la observó con mucho afecto toda su vida; porque sin repetir lo que queda dicho sobre su manutencion y vestido, ¿cuán estrechamente no se uniria con aquella virtud cuando se casó con san José, á quien tuvo que ayudar á ganar la vida con el trabajo de sus manos? Su viaje á Nazareth, donde no pudo encontrar posada por su pobreza, el parir en un establo, la ofrenda que hizo cuando su purificacion, lo que padeció en Egipto y durante toda su vida, ¿no son las consecuencias necesarias de su pobreza voluntaria? La donacion que hizo á los pobres de los ricos presentes de oro, incienso y mirra ofrecidos por los magos en cuanto los recibió, segun observan san Bernardo (1), S. Buenaventura (2), S. Antonino (3), Dionisio el cartujo (4) y el Abulense (5), ó el generoso desprecio con que los miró segun otros, habiéndolos

(1) Apud S. Anton. en el lugar citado.

(2) Medit. vitæ Christi, capit. 9.

(3) Parte 41, tit. 15, c. 32,

S. 2.

(4) In cap. II Mat.

(5) Ibidem.

tocado solamente por cumplir el misterio y por no ofender á los príncipes que venian de tierras tan lejanas, ¿no son señales inequívocas del amor que tenia á la pobreza? Los dos únicos y pobres vestidos que le quedaron á la hora de la muerte, ¿no manifiestan su gran desnudez y el absoluto despojo de todo? En fin ¿quién negará que fué convenientísimo que el rey de la gloria bajado del cielo á la tierra por amor de la pobreza diese parte de este tesoro ignorado á su amada madre antes que á nadie? Léase el tratado de Alberto Magno, quien componiendo de varios escalones la escalera de la pobreza hace ver cómo la madre de Dios llegó al mas alto grado de esa virtud (1).

Su castidad.

VI. Nada hablaré de esta virtud contentándome con lo que dije en el capítulo III del tratado primero.

Su obediencia.

VII. En cuanto á la obediencia así como nadie conoció mejor el precio de ella despues de su hijo, así tampoco nadie se distinguió mas en su observancia. Consideremos con qué presteza cumple todos los mandatos de los sacerdotes y de la maestra de las doncellas en los once años de su morada en el templo. Oigamos lo que responde al ángel y cómo se apellida la mas humilde sierva del Señor. Veamos con qué resignacion de voluntad y juicio obedece á su esposo S. José en los treinta y un años que vivió en su compañía. Notemos que por amor de Dios se some-

(1) Véase la adición de la que va en la nota V al fin del tomo. madre Maria Jacoba de Blemur, tomo.

tió al edicto de Augusto y emprendió el viaje para empadronarse no obstante el rigor del invierno, la aspereza del camino y el estado adelantado de su preñez. Contemplémosla yendo á Jerusalem para cumplir en todas sus partes la ley de la purificacion, sin embargo de que no la obligaba. Sigámosla en su huida á Egipto y observemos con qué presteza se levanta á media noche, coge al niño en los brazos y se parte sin quejarse, ni alterarse, ni escandalizar por tan inicua orden. Veamos con qué sumision recibe todas las disposiciones del cielo, ya cuando su hijo se despidе de ella para predicar el reino de paz, ya cuando comienza su dolorosa pasion. En fin admiremos la constancia con que esta señora consume su sacrificio, y cómo ofrece sin contradiccion su hijo á la muerte para conformarse con la voluntad de su eterno padre. ¿Hay nada que se parezca á esto entre los espíritus bienaventurados, los cuales estan esperando siempre una mirada de Dios para volar á donde disponga?

Sus demas virtudes religiosas, y particularmente cómo se dedicó á Dios desde su niñez.

VIII. ¿Qué diré de todas las demas virtudes propias del estado religioso, que sirvieron para realzar las tres principales de que acabo de hablar? ¿Qué de la diligencia en sus obras? ¿Qué del cuidado que mostraba en todo, aun en las cosas mas pequeñas? ¿Qué de su fervor en buscar los oficios mas viles y penosos? ¿Qué de su zelo en promover el aprovechamiento de sus compañeras y de su caridad para servir las en todas ocasiones? ¿Qué de su afabilidad y mansedumbre para sufrir las imperfecciones ajenas? ¿Qué finalmente de su continuo adelantamiento en el estudio de la santidad y de los escalones que á imitacion de David iba disponiendo en su

corazon? Aquí se descubren maravillas capaces de arrebatarse á los entendimientos mas aventajados. Pero por quanto esto excede la capacidad del mio, pongo fin á mi discurso con un hecho muy importante y no menos imitable de los que son llamados por Dios á su servicio; y es que nuestra señora dejó el mundo antes de conocerle y consagró su primera edad al servicio de la majestad divina. Con efecto escriben Evodio, sucesor de S. Pedro en la silla de Antioquia, S. Gerónimo, S. German de Constantinopla, Epifanio, presbítero de la misma iglesia, Cedreno, Nicéforo y otros que fué ofrecida á Dios y admitida en el templo á la edad de tres años, para que se preparase á ser digna madre y esposa de Dios por una perfectísima inocencia de costumbres y por todo género de virtudes; privilegio de las almas escogidas que ninguno ha conocido jamás en esta vida tal como es; pero los ángeles le admiran en el cielo y bendicen de continuo la infinita bondad del Criador en favor de aquellos á quienes es otorgado. El profeta Jeremías tenia un particular conocimiento de él cuando exclamaba: ¡Oh qué bueno es llevar desde la mocedad el yugo del Señor y ponerse desde temprano á su servicio!

IX. Espíritus bienaventurados, que sentís y conocéis esta dicha como conviene, ayudadme á expresarla para provecho de aquellos á quienes Dios va separando del comun de las gentes á fin de prevenirlos con las dulcedumbres de su infinita misericordia. ¿Qué suerte y qué condicion hay en el mundo comparable con la de aquel que da todo á Dios de quien lo tiene todo, le honra á ejemplo de los ángeles desde la aurora de su vida, le ha amado en quanto ha podido, no ha tenido otro dueño que él y ha ignorado mas bien que combatido el vicio? ¿Qué suerte es comparable con la del que pueda decir un dia en el cielo: Veo á aquel á quien nunca ofendí mortalmen-

te, á aquel cuya gracia no perdí una vez recibida, conservando la hermosa túnica de la inocencia que vestí en el bautismo, á aquel que fué el único objeto de mi amor y el centro de mis afectos? ¿Qué suerte hay comparable con la del que pueda gloriarse como la casta esposa de haberle guardado los frutos añejos y los nuevos y poder decirle con Jacob: Tú eres el Dios que me llevaste en tus brazos desde mi niñez; con David: Tú eres mi porción, mi heredad y mi todo; y con S. Francisco: Dios mio y todas las cosas? El que se acostumbre temprano á servir á Dios, dice S. Ambrosio (1), y en su mocedad presente el cuello al yugo del Señor, se verá libre de las pasiones importunas gozando tranquilamente del apacible y sosegado retiro y de la contemplación de las cosas celestiales. No tendrá que pelear todos los días con su cuerpo, ni que sufrir el asalto de sus concupiscencias, porque el yugo que lleva desde la mocedad, habrá debilitado las fuerzas de su enemigo doméstico. ¡Oh cuán diferente es decir: Dios mio, que me sustentas desde mi menor edad; á tener que llorar con David los deslices de la juventud y clamar al Señor diciendo: No te acuerdes, Señor, de las culpas de mi juventud! Estas últimas palabras son un confortativo de la flaqueza; pero las primeras denotan una salud robusta: aquí se trata de tomar la medicina; allí se dan gracias por la robustez: aquí hay que sufrir los agudos remordimientos de los pecados pasados, la fuerza de los malos hábitos, los ímpetus y la inestabilidad del corazón corrompido por el error y combatir continuamente los vicios envejecidos; allí no hay mas que gozar de los sabrosos frutos del silencio y penetrar los profundos arcanos de los oráculos divinos, que son para las almas

(1) Serm. 2 in psalm. CXVIII.

purificadas y apartadas á tiempo de la confusión del mundo: aquí siempre está uno con temor y en peligro; allí todo es paz y confianza. Dichosa el alma á quien Dios abre desde luego los tesoros de su gracia, y que por su parte se deja gobernar y poseer de su sumo bien, porque podrá decir: Hallé cuanto podía desear; lo hallé y no lo dejaré jamás.

§. XIII. — Cómo debe ser imitada de todos para disponerse á bien morir.

I. Es un excelente dicho de S. Juan Damasceno que el hombre no es mas que un misterio, cuyo principio es salir de Dios y el fin volver á él (1). A decir verdad es un misterio muy profundo el de la predestinación del hombre, el cual á medida que crece en edad, se va ya descubriendo, ya encubriendo mas y siempre llevando tras sí un número infinito de misterios. Sus adelantamientos y atrasos, sus subidas y bajadas, sus desvíos y rodeos, sus caídas y levantadas, sus alternativas de bien y de mal, de alegría y de tristeza, de consuelo y desconsuelo, de luz y oscuridad, de prosperidad y adversidad, de favor y de desgracia, de salud y enfermedad, de honra y deshonor son otros tantos misterios, que deben de hacerle respetar siempre la adorable providencia de Dios. Pero la conclusión de todos ellos es volver á Dios de donde salió. Este es el punto en que el alma entrando en el esplendor de los santos empieza á abrir los ojos y á ver la série de todos los misterios que han pasado en ella. La muerte es un camino necesario y un tránsito inevitable para llegar á ese estado; ó digamos mejor con el Espíritu Santo, ese es el instante de que depende la eternidad, el período que absolutamente nos

(1) Fidei orthodox., l. 2, c. 42.